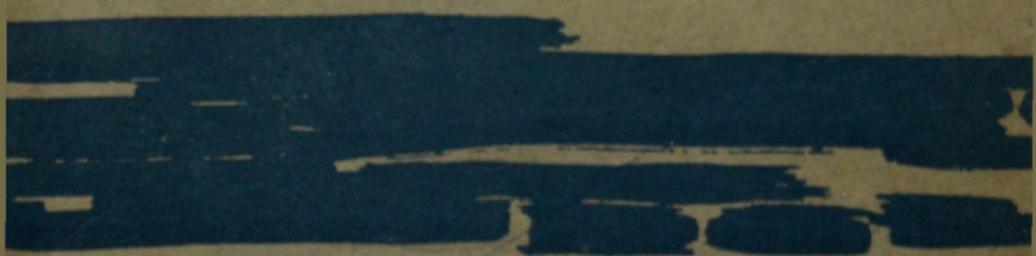


AQUI POESIA

18

NELSON MARRA



LOS PATIOS NEGROS



Aquí, Poesía

Publicación Bimestral

Director:
RUBEN YACOVSKI

Montevideo, Uruguay.

Algunos títulos publicados:

- Tiempo del padre**, poesía,
por Generoso Medina. Agotado.
- Montevideo al Sur**, poesía,
por Juan C. Legido. (2ª edición)
- Poesía**, por Julio J. Casal.
- Desde antes de la infancia**, poesía,
Por María A. D. de Guerra.
- Poemas de los diez días**,
Por Enrique Elissalde.
- Muchacho r**, poesía,
Por Ruben Yacovski.
- Guitarra en sombra**, poesía,
por Clara Silva.
- Los meses**, poesía,
por Saúl Ibargoyen Islas.

de la serie Testimonio

- La tinta sometida**, ensayo,
por Hernán Píriz.
- Seis pares de zapatos**, novela,
por Alfredo Gravina.
- Marcha y contramarcha**, novela,
por Matilde Legido.
- La valija**, teatro,
por Mauricio Rosencof.

Este volumen se edita en adhesión
a la V Feria Nacional de Libros y
Grabados.

LOS PATIOS NEGROS

Printed in Uruguay
Copyright by Aquí, Poesía.

Impreso en el Uruguay
Montevideo, 1964

NELSON MARRA

LOS PATIOS NEGROS



AQUI, POESIA, MONTEVIDEO, 1964.

**A Ketty
y
a M. R. de P.**

0

1

Peligro corres, Licio, si porfias
en seguir sombras y abrazar engaños.
Mal te perdonarán a ti las horas;
las horas que limando están los días,
los días que royendo están los años.

Del soneto "De la brevedad engañosa
de la vida".

Luis de Góngora (1561-1627)

Los patios negros

El patio está desierto
hay una piedra
oscuro y negro es
hay una piedra.

De afuera llega
un murmullo de aves con sordina,
ya llega desde afuera
al medio de ese patio
en que hay negro, hay yo, hay una piedra

Los que comprendieron

Si pudieran volver a nacer
las palabras,
como antes nacieron los ríos
aquellos que iniciaron el cuerpo
de la joven muchacha,
los que comprendieron, en un segundo,
el sentido de su punto final
y fueron, por un tiempo,
piel y huesos.

Si pudieran volver a nacer
las palabras,
como antes nacieron los vientos
aquellos que mecieron la voz
de la palmera solitaria,
los que inclinaron, en la noche,
la roca hacia la luz
y unieron sus silencios
en una clave íntima.

Si pudieran volver a nacer
las palabras,
como antes nacieron los árboles

aquellos que encerraron la sombra
en su costado inmenso,
los que detuvieron, en su carne,
la ruta del sol hacia la tierra
y entregaron profundas sinfonías
prologando su muerte.

Si pudieran volver a nacer
las palabras,
como antes nacieron los fuegos
aquellos que borraron la gota
de la fuente inicial,
los que cortaron, en lo exacto,
el camino del aire y de lo verde
y arrojaron las piedras y los hombres
a su mínima fuerza.

Si pudieran volver a nacer
las palabras,
pero otra tarde fue verano.

La caída

Asciendo al peldaño número veintitrés
y veo una terca saliva
en moldes de granito,
Asciendo al peldaño número veinticuatro
y una fisura enorme me imagina,
Asciendo al peldaño número veinticinco
y niños con sus intestinos desdoblados
invocan una miga de barro,
Asciendo al peldaño número veintiséis
y una mujer blanca y desnuda
está sentada inmóvil en mi cama,
Asciendo al peldaño número veintisiete
y un sobretodo gris que envuelve a un viejo
oferta postales de un Cristo magullado,
Asciendo al peldaño número veintiocho
y hay un físico atómico
que revisa sus muelas,
Asciendo al peldaño número veintinueve
asciendo al peldaño número veintinueve
asciendo al peldaño número veintinueve...

Esas lágrimas

Debemos encandilar esa lágrima
que viene descendiendo despacio
atenderla
en su menor momento involuntario
en su tono
en su ritmo
trabajado a siglos,
a través del pálido territorio de carne
que, imperiosa, recorre.
Debemos reflejar
en esa breve superficie que cae,
la parte menos gris de nosotros,
juntar el universo en ese punto
para resolver, sí,
el largo camino que la empuja,
para mejor borrarla,
para siempre

Tinieblas

El coro de palomas
semeja una distancia gris que va hacia el cielo,
los grillos y las noches
aguardan la retroactiva voz de su mirada,
los soles, las gaviotas, las arenas
proporcionan el espanto seguro de la tarde.

Sin embargo ha llovido,
los amantes
las niñas con sus piernas blancas, lastimadas
intuyen la caída
de un rojo decisivo.

Es lástima,
la niebla se detiene
entre un puñado de voces inseguras.

Final de fiesta

El vientre de la noche es enorme
en la ciudad,
poderoso y enorme,
los fantasmas que se deslizan
suavemente
a través de sus calles
fueron engullidos por múltiples bocas,
las paredes intestinales de ese vientre
contienen
sirenas, festejos, placer,
niñas agobiadas
por oscuros y desmesurados ropajes
que intentan detener
vanamente
el creciente avance de la carne
que oculta
corazones de ancianas rencorosas.

Los manequíes permanecen
inmóviles y estáticos,
aguardando el momento esperado
para poder entonces
volver

a posiciones cómodas, primarias
donde desaparezca
el horrible dolor
de la eterna jornada

Algunos papeles ruedan
todavía
por la humedad del asfalto,
el negro corazón de las firmas
es empujado por el viento
y golpeado por los árboles,
al fin
encuentra su silencio
al pie de ellos.

En las plazas
el aire es más frío y exacto,
el césped y la gastada madera
de los bancos
permanecen mojados.

Las últimas gotas de rocío caen.

Una flor blanca desciende, lentamente, al pavi-
mento y tiene un epílogo sencillo.

La muerte, con su corazón de loca,
detiene todo movimiento.

Los premios

La risa
los llevaba a las puertas de las casas de citas
a las escalerillas de los barcos
que no tienen horarios ni pestillos,
ellos llamaban vida a su calvario —a su
enero sin sombras—,
solos
en el pie levantado de la noche
se iniciaron
y hasta gris fue su aliento.

Abril los esperaba
ofreciendo los premios
los reproches
prestados, cotidianos,
aquellos concebidos entre brumas
y regados por playas
y entre playas.

Inventaron un no
para cada ilusión y para el sueño,
cincelaron su rabia
con paletas exactas y precisas

y arrojaron los premios
al silencio,
los premios que prestaron los abuelos,
encerrados en palabras redondas
y en palabras.

Así volvieron
a quedar sublimes,
sus pieles fueron un aceite
caliente,
sus manos carecían de
cadenas,
sus bocas entibiaban el
aire,
quisieron, no
ser fieles a su fracaso.

Noches

La noche
con su garganta roja
y el cielo azul eléctrico,
La noche escrutadora
con sus ojos anónimos y unánimes
desciende, descalza,
en la ribera
abrazo la cintura de la ciudad,
se inicia.

Ahora no llegan
noticias de Nigeria
los hilos telegráficos
son el sostén de pájaros dormidos,
los periódicos
caen en las veredas
y aplastan
la pegajosa precisión
de la llovizna.

Es la hora del hombre,
de la meditación y del silencio,
es la hora de la llaga en la carne,

de los desposeídos y su aurora.
Los responsables de la noche duermen,
se fermentan
impacientan blanduras ·
no aceptan el misterio ni sus causas,
desconocen la noche.

Sólo queda el baldío
con sus gatas inmensas,
con sus ebrios heroicos,
con aquellos
que homenajean la vida
a cada paso.

Itinerario

El tiempo de los muchachos ya se ha roto
sólo quedó una sonrisa
grabada en el entretiem po
en los aledaños del recuerdo
en la cara.

Había escalinatas divergentes
para alcanzar
la plenitud de la memoria,
debimos ignorar
papeles manchados y afiches,
atravesar
el continuo itinerario de la lluvia,
recogernos.

Hubo también suburbios,
canciones mal sabidas
atardeceres descansando entre zapatos
sábados imponiéndose desnudos.
Llamamos esperanza
al aroma gentil de las cocinas,
a la breve tachuela
hundida en las escamas del pescado,
imaginamos sonrientes

el canto cotidiano de las avenidas
que nos sorprendía
en la detenida brevedad
de las fotografías.

Contemplamos agónicos
el ágil desahogo de las gatas
y aprendimos unidos a pronunciar la a de amor
en ese día.

Entramos al ritual
alternando el abecedario
con la presencia
de las primeras cabelleras rubias
y nos pareció lejano el momento
de acariciar
la alegre suavidad de algún contorno.
Supimos de la noche
y aprendimos
a combatir entre los árboles,
hablamos de rebeliones
y soñamos
con la amante delgada
y sin figura.

La boca compartida
la plegada ensoñación de las sábanas
nos detuvo,
nos empujó
a los estadios desiertos,
y recibimos
telegramas de Europa
ignorando que
entre nosotros
existía también una raza de hombres.

El agua enjabonada
huyendo
de los clubes nocturnos
purificó
a las mujeres sin sexo
que encontraron
el alma de nuestra camisa.
El tiempo de las azoteas
se había terminado,
podíamos entrar gozosos
en las peluquerías,
una dulcísima música
nos recorría y nos separaba
llegamos a jactarnos
de la caligrafía impuesta por el verano,
pero la equivocación
continuaba latiendo,
comprendíamos demasiado
nuestra autobiografía.





Amor

Estábamos tan solos,
glorificando el amor a ese vacío,
y entonces
apareció tu carne
y en un nuevo tornasol de sombras
arribó a mi puerto
y a mi constante condición de tráfuga.
Llegó tu soledad a compartirme
y conquistó la aspereza procaz
del duro territorio
que te ofrecía,
fuiste.

¿Por qué llamamos lucha
a todo aquello?
con el olor del pino
y de la sangre que recorre
los bosques y la tierra,
tus bosques y tus tierras
y tu tristeza redonda
y sin sonidos.

Eramos dos,
éramos solos,

éramos todo,
y recorrí
tu voz
y tu misterio,
el hilo conductor
de nuestras músicas
nos introdujo al canto
y a la sagrada fiesta
que inventamos.

Por eso recurrimos a la luz
de los juegos divinos,
infernales,
robándonos amor
a cada paso
a cada tenue grito
a cada diente
y levantamos
nuestra inerte sombra
desde tu monopolio de vigili-
as de noches heredadas
de paredes manchadas
y de frutos.

Por eso fuiste mía,
fuiste,
entregaste tus velos,
tus riquezas,
la plenitud de bocas encendidas
que fue tu sola boca,
tu verano,
tu encendido torrente
de fuegos iniciados,
tu blancura insondable entre mis huesos,

y la intacta placidez de tu joya,
socavada, vencida,
agilizada.

¿Por qué pude escalar
esa montaña?,
esa montaña sin piedras
y con riscos,
esa planicie calma
aplastando de aceite y de silencios
esa vegetación genitalmente nueva,
y allí
los dos
adoptamos la muerte
y hubo
calor, sonrisas, grietas, llantos
bajo la fuerte caparazón de aquel solsticio.

No preguntes mi nombre

No preguntes mi nombre,
no le busques,
sólo es un racimo de letras vinculadas
que en algunos papeles amarillos se despiertan,
no llames
los gastados guijarros que he pisado
y que como un cristal
desfloran las encías,
no precises el estrecho camino
que me llevó a los muslos de la luna,
no escuches otras voces
ni llores por mis manos y mis ojos,
no preguntes mi nombre,
sólo debes nombrarlo,
sólo debes nombrarme.

La voz

La voz
que me dejaste entre las manos
hermetizó tu aliento
y puso al alcance de tus sueños mi figura,
supe palpar
la hueca cicatriz de tu memoria
como
un débil testigo
del olvido
y desde lejos.

Fuera
lección de sombra o luz
el merecidamente
itinerario de tu noche,
acaso fue cansancio
el relámpago breve
que empujó nuestros cuerpos
---desvanecidamente—
a los húmedos barrios
y al silencio,
o fuera
mediatarde o abandono.

No temas,
aproxima tu talle
a la sucia enseñada
y cultiva tus riesgos
hay demasiadas cosas por olvidar.

Otros poemas

No quiero tu mirada mezclada entre otras tantas
ni en un cielo sin sol que diga lluvia,
no quiero que tus dedos
bailen como peces abatidos en la arena,
no quiero para ti un ciclo que se cierre
ni la voz del pasado entre tus uñas.

Sólo quiero una luz,
una mirada,
una visión fugaz que te ilumine,
cien palomas que muerdan tus pestañas,
algún lago,
mi sed,
otros poemas.

Otros vendrán, verán lo que no vimos
yo ya ni sé, con sangre hasta los codos,
por qué nacemos, para qué vivimos.

Blás de Otero

Solamente solo

Soy un hombre solo
solamente solo,
con el corazón hipotecado,
hijo de las tinieblas y del humo
inquiriendo el amor
dejando que no sea secreto.
Soy y a veces no soy,
¿y el otro
el del espejo?,
entonces comienzo a preguntarme,
a detenerme,
a inmóvil contemplarme,
a esperar el camino
en un punto preciso
demasiado preciso.

Los ayeres

Si pudiera informar de mis mejillas,
si pudiera informar
de los datos furiosos
que se mueren entre papeles sucios,
del ayer que fue dulce
y de la tarde.

Si pudiera informar de tu mirada,
del llanto y de la risa,
del aluvión de miedo
del aluvión de miedo
que trepó mis espaldas
o de la gata herida
que miró tu silueta en la estación.

Pero la boca atrapa las palabras,
los dedos paralizan
su precisión geométrica,
sólo me queda el canto,
en éste puro exilio,
en ésta nueva imagen de la nada,
en el destierro inútil,
prematureo.

Soledad

Estoy solo
en la tarde y en la costa,
un largo recorrido
me posterga
y me enfrenta a la brisa,
no puedo imaginarme
una estación desierta
en el sureste,
una ciudad sin besos
y sin palmas heridas,
tengo el sentido exacto,
sin embargo,
del hábil andamiaje de silencio
destruido,
por el perenne crujido de las hojas.

Lástima

Estoy en soledad
—total estado dicen—
suelen comprenderme
algunos
sin embargo
cuando deajo caer
desde mis manos
el terco insistir de este cansancio
que me envuelve.
Puedo trocar
—ante ellos—
la calma densidad de mis noches
por el humo voraz
del último cigarrillo
que jamás se enciende.
Puedo abrir el corazón
—todavía—
y mostrarlo en teléfonos
pero no se destruye
¡Oh qué lástima!

Tiempo

Mi tiempo es un anzuelo gris, devorado
por múltiples peces,
mi tiempo es uno solo, desdichado,
comienza en la brevedad
de la mediamañana,
se diluye
débil, desamparado
entre protestas.

Como desgajar la fruta no madura
y poder transitar
la sutil inconsistencia
si torpe me debato
entre dos lluvias.

Llevo un traje de muerto
frente al siglo
se ha extraviado
la ruta principal,
no llego sin memoria.

Mi tiempo es uno solo
y para siempre.

Y es la aurora

Dejo caer mis versos
y es una llaga abierta
quebrada entre mis dedos
y es la noche,
Dejo las livianas manos
descansando en la madera
y es un lustroso corazón que habla,
Dejo decir los otros
y digo una esperanza
y es mentira,
Dejo decir que dije
y es la aurora que cuelga
de los ojos dormidos
de los que esperaron.

El destierro

Vamos ya,
si el destierro está pronto
en infranqueables cápsulas de hastío,
si mentir fue otra etapa,
si los goznes que no nacieron nunca
apenas los miramos, implorantes,
se diluyen
con la sabia precisión
de vacaciones inventadas.
No debe enternecernos
aquella otra ventana
que nunca se ha cerrado todavía,
ni tampoco la lágrima propuesta
acaso por un mago misterioso,
ni siquiera el sonido y los papeles
de las habitaciones desoladas.

Es fácil
palmear ese silencio que llevamos dentro,
detener nuestra firma
en el nacimiento
de cualquiera de las once letras,

dibujar el pasado
en esta mesa
aunque no existan lápices,
para hacerlo.

Luego
vendrá la voz que nos detenga,
el hilo conductor
fabricado entre espasmos y entre miedo,
una pared cubierta de palomas heridas
que nos obligue a esperar juntos
el otoño,
sentados en las hojas de los árboles.

Ciertos domingos

Ciertos domingos hablan
con la voz mojada de mis versos,
se aspira la monotonía de relojes
que entre olor a tinieblas se desprende,
como si entre las sábanas
se buscara un pasado de guijarros que duelen,
como si el entusiasmo se muriera
entre vitales mordeduras
y silencio.

Volverle
a poner punto a la jornada,
comprimir un aire
que apenas pertenece,
mientras se aguardan
los verticales rasgos de algún rostro
con promesa de lluvia,
y se ablanda la tierra entre pisadas,
entre voces de nocturnos niños,
entre música,
entre amantes que inventaron la sombra,
se concede piedad a nuestro letargo.

Y ahora

Llegarse a este camino,
descenderse,
perdido
solitario,
verse empujando comas y vocales
en un papel inmenso,
sentado en una roca milenaria
golpeada por un oleaje inquieto
salpicada por el aire furioso
verse justificado solamente
por el rojizo penetrar del alba.

Orden del libro

·
·

	I	
Los patios negros		9
Los cue. comprendieron		10
La caída		12
Esas lágrimas		13
Tinieblas		14
Final de fiesta		15
Los premios		17
Noches		19
Itinerario		21
	II	
Amor		27
No preguntes mi nombre		30
La voz		31
Otros poemas		32
	III	
Solamente solo		35
Los ayeres		36
Soledad		37
Lástima		38
Tiempo		39
Y es la aurora		40
El destierro		41
Ciertos domingos		43
Y ahora		44

El presente volumen constituye la entrega N^o 18 de **Aquí, Poesía**, publicación bimestral dirigida por Ruben Yacovski. Croquis tipográfico y carátula de Sarandy Cabrera. Impreso en forma cooperativa en los talleres gráficos de la Comunidad del Sur, Canelones 1484, Montevideo, el 15 de diciembre de 1964.

Nelson Marra nació en Montevideo el 6 de mayo de 1942. Estudia literatura en la Facultad de Humanidades. Ha publicado poemas en el Nº 3 de **Aquí Poesía**. Colabora como crítico literario en algunas páginas especializadas.

